MIGUEL ANGEL ASTURIAS

Una de las más sencillas operaciones de clasificación literaria es la de precisar si un escrito en prosa es obra de un poeta y si un poema es obra de un prosista. Nadie escapa de su dominante, de su vocación central. Ya podía Juan Ramón Jiménez escribirle a su sastre pidiéndole el estrechamiento de unos pantalones, que era un breve poema lo que escribía. Y a la inversa, ya podía un Quintana escribir madrigales, sonetos, liras, lo que fuese, que sólo le salían prosas y más prosas.

En las letras hispanoamericanas presentó el siglo pasado el caso de poesía dominante en José Martí, y el caso de prosa inevitable en Bello. Hoy tenemos en vivo todavía dos ejemplos de esta casuística en la novela: Rómulo Gallegos, prosista siempre, y Miguel Angel Asturias, siempre poeta.

EL GRAN LIRICO DE LA NARRATIVA AMERICANA

Miguel Angel Asturias fotografiado en su casa de París.

Aun en los momentos más líricos *per se* Gallegos es el narrador en prosa. Hallar una metáfora en él es como hallar el esqueleto de un leopardo en el Kilimanjaro. A la inversa en Asturias: hallarle una narración objetiva, fáctica, no calentada por el vaporizar de la poesía, es casi tan imposible como coger en error a la tabla de multiplicar.

¿Es esto un bien o un mal? El porvenir dirá. Mientras opinamos que es un bien. Porque la poesía—la poesía, la mayéutica—tiene todavía tanto que hacer en el descifre y examen de la realidad americana, que acaso posea ella y sólo ella la clave del mejor entendimiento de esa realidad. Describir no es bastante. El camino a recorrer, dentro del alma como dentro del paisaje y dentro de la sociología, es tan ancho y tan hondo que sólo la miradapiqueta de la metáfora y de la imagen, de la imaginación en libertad absoluta a través del verso en libertad, puede penetrar en los terrenos hasta ahora ligeramente descubiertos y apenas recorridos.

El auténtico escritor hispanoamericano tiene ante sí la tarea—a diferencia del francés como caso radicalmente distinto—de echar a un lado tantas capas, veladuras, cortinas y disfraces de su propia realidad, que es en la poesía en donde fundamentalmente halla los instrumentos mejores para la exploración. La fuerza de un Miguel Angel Asturias consiste en lo intenso y en lo extenso de su viaje poético hacia las raíces. El ha tomado al indio por la médula, no por la máscara. Otros autores se habían aproximado al Hombre Olvidado—y esto ocurrió también con el negro en el Caribe—como a un ser exótico, como si no fuese esencia misma de América.

Había piedad para el indio, había denuncia de su situación (y hay que recordar, cuando se habla de denuncia, al español Ciro Bayo), había ataques para los culpables, pero casi siempre esto se hacía desde una postura paternalista de superior bondadoso hacia inferior perseguido. Colocado en su alto sitial el «protector de indios» defendía a los humildes, pero casi nunca tenía en cuenta que no se trataba sólo de eliminar abusos, sino de reivindicar una presencia. Reivindicarla en lo político y en lo económico, y reivindicarla en lo filosófico y en lo estético. ¿Qué era el indio, amén de sufridor máximo, junto con el negro de los defectos «estructurales» de América? Era nada menos que el quicio, el fundamento, la materia prima original en la cultura como en la sociedad. Revivir los orígenes, el valor de las culturas precolombinas, el sentido general de la vida americana desde su base humana autóctona, era una tarea que la literatura hispanoamericana no se había atrevido a encarar. (De haberse metido en ella de cuerpo entero Darío, América hubiera dado ya su Homero, su Dante, su Virgilio.)

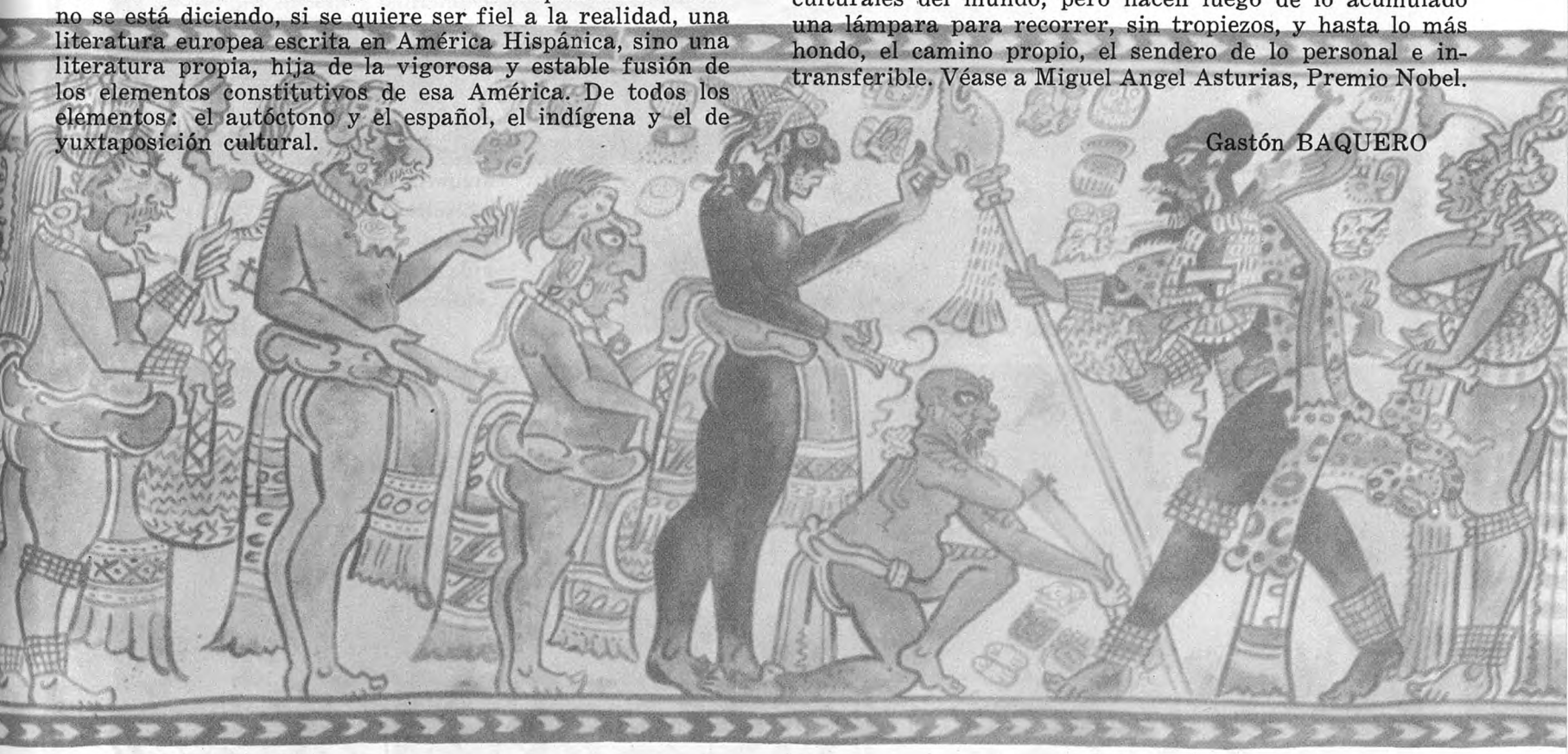
Desde «Leyendas de Guatemala» Miguel Angel Asturias echó a andar en un largo viaje hacia las raíces. Es fácilmente perceptible en su obra una órbita de lo que podemos llamar indianización cultural, amén de la racial llevada por el propio peso de la sangre. El arco que puede tenderse entre «Leyendas» y «Clarivigilia primaveral», es el de una asombrosa metamorfosis, que nos muestra a un hombre actual redescubriendo el sentir, el expresarse, el cantar de los poetas precolombinos. No es ya el nativismo a la manera de un Fernán Silva Valdés ni la aproximación a la sensibilidad indígena como a veces la encontramos en un Elvio Romero. En Asturias lo dominante es la voluntad de identificación, mediante la poesía, con el sentimiento original del indio americano. No hay pastiche ni remedo, como sucediera con la malhadada poesía

negra del Caribe, anterior a la aparición de Aimé Cesaire. Hay en Asturias como una metempsicosis encarnada hoy en la reaparición de un viejo poeta a lo Netzahuapcoyotl o a lo del bardo, que contaba del atavío de los emperadores. Es decir, que Asturias ha procurado, y ha conseguido, revestir de belleza, de solemne melancolía, de cantar libre como el de los pájaros centroamericanos, toda la evocación del indio. No se reivindica a éste pidiendo, sin más, unos derechos políticos y económicos para él. Se le reivindica, ante todo, al instalarlo con el máximo decoro en el centro de una sensibilidad, de una poesía, de una religiosidad.

Lo difícil de esta tarea es lo que justifica el dominante aire poético de Asturias. Sólo desde la poesía puede reconstruirse una poesía deshecha, despedazada. En las mismas novelas, en cuanto el autor se enfrenta con el personaje, ocurre que el esfuerzo por interpretar sus sentimientos más hondos no encuentran sino el vehículo de la palabra en libertad, eutrapélida en apariencia, pero ansiosa de traducir la interna música, la idea recóndita del indio. Esto explica por qué en Asturias está siempre viva, dominando todo el paisaje de sus escritos, la voz del poeta. Es que el lenguaje en prosa rígida no le ofrece suficiente posibilidad de penetración en el arduo laberinto mental del indio, apresado como una mosca en la telaraña de una civilización que no es la suya. (El indio y el negro, y, por ende, el mestizo y el mulato, están como cogidos entre paréntesis, entre tenazas de dos civilizaciones: la propia radical o raigal, y la adquirida por trasculturación de lo europeo. Romper las paredes divisorias y de incomunicación a fuerza de vasos comunicantes y de intercambio, de permeabilidad y de fusión, a la postre, es el gran menester histórico de los hombres del siglo XX, Por eso cuando se habla de «literatura hispanoamericana» no se está diciendo, si se quiere ser fiel a la realidad, una literatura europea escrita en América Hispánica, sino una literatura propia, hija de la vigorosa y estable fusión de los elementos constitutivos de esa América. De todos los elementos: el autóctono y el español, el indígena y el de yuxtaposición cultural.

Vista desde esta perspectiva la personalidad de Asturias, apreciamos aún mejor sus valores y lo que representa su obra en el panorama general de las letras de América. Este hombre tiene voz propia, voz que suena a la tierra, a la historia original, a la autenticidad. Y si se piensa que al mismo tiempo se trata no de un autodidacta ni de un primitivo que expresa por naturaleza y sin reflexión una sensibilidad determinada, sino de un hombre eminentemente culto, conocedor de lo europeo, humanista en el sentido vital de esta palabra, se comprende que hay motivos para tomar su exaltación al Premio Nobel como un signo de la mayoría de edad alcanzada por la literatura hispanoamericana.

Ya sería maravilloso que un indio puro expresase con decoro estético sus impresiones del mundo y las ideas de su mente. Pero quedaría siempre la interrogación, la duda de cuál sería la reacción y la capacidad de resistencia de ese indio cuando se le sumergiese en la poderosa cultura europea. Casi todos los hispanoamericanos que van a París son devorados por París; se pierden a los efectos de la devoción posterior al mundo natal, a la tierra propia. Miguel Angel Asturias es el americano que va a París, asimila sus enseñanzas, aprende sus sabidurías, pero vuelve a la raíz. Este hombre no se ha extraviado. La cultura europea le sirve como afinador de la sensibilidad, como estímulo y guía para descifrar los misterios de la propia naturaleza americana.

A diferencia de nuestros poetas y artistas del siglo pasado y buena parte del presente, que se perdían para América en cuanto se pulían y refinaban en Europa, ya están naciendo y produciendo allí los artistas que aprenden todo lo que hay que aprender en los grandes centros culturales del mundo, pero hacen luego de lo acumulado una lámpara para recorrer, sin tropiezos, y hasta lo más hondo, el camino propio, el sendero de lo personal e intransferible. Véase a Miguel Angel Asturias, Premio Nobel.

Gastón BAQUERO